

Osteoporosis.

Por Enrique Huertas.

La anciana abandonó el templo por la puerta del suroeste. Quería aprovechar los últimos rayos de sol y beber de la fuente.

—Este maldito reumatismo... —pensó ajustando su tocado.

Bajando lentamente la escalinata, precavida, la anciana meditaba las palabras que había escuchado.

—“Este Pidites, que además ni me ha mirado, es un loco. ¡La madre Gea, y otros ocho planetas más, girando en derredor del padre Astro Rey desde tiempos más remotos que los Titanes! Ay, ay... en que cabeza cabe...” —se decía a sí misma cuando su sandalia izquierda alcanzaba el sólido pavimento de la plaza.

Y entonces resbaló. Y entonces todo el universo se vino abajo; fue pura electricidad de intenso dolor en su cadera. Zeus. Su retina congeló todo el entorno. A la derecha tres atléticos muchachos giraban la cabeza, “¿tanto ruido he hecho?” Frente a ella dos jóvenes doncellas charlaban animosamente, “¿ni siquiera me han visto?” Por la izquierda, donde nacía la acrópolis, bajaba un carromato tirado por dos viejos caballos enclenques y la anciana grabó en su cerebro el rostro del fornido auriga, “aún tengo parte del cuerpo en el aire y ése ya me compadece más de lo que compadece a sus dos pobres bestias”. También, más a la izquierda, intuyó la sombra de un viejo en movimiento; la sombra de un viejo que se lanzaba en su socorro.

La anciana intentó incorporarse, “¡Zeus!” Y la anciana recordó:

Cientos sobre cientos, miles en total, todos cadáveres, desde el pie de la muralla se extendían hasta casi las playas como sembrados por un arrebató del propio Hades. Las abatidas espaldas de los aqueos que habían quedado vivos recortaban el horizonte y estos soldados aquí a sus pies, los suyos, sus hermanos troyanos, no entraban por el portón entreabierto con una menor desdicha en el alma.

—Estarás contenta, mujer —susurró Príamo.

No. No recordaba haberse sentido contenta. Pero sí recordaba que no pudo evitar hinchar orgullosa su pecho. “Sí, fueron muchos los muertos, muchos muertos tributan mi belleza”.

Paris, un paso por detrás de su derecha, añadió aquel día:

—Padre, hoy, hemos vencido.

Y Príamo, girando el cuerpo asqueado, manchando, sin gestos mostrar, a Helena con su desprecio, concluyó al dirigirse hacia adentro:

—Sí, insensato: hoy hemos vencido. Pero nada hay igual al desconsuelo que se siente tras una batalla perdida, excepto el desconsuelo que se siente tras una batalla ganada¹.

¿Qué era ella? ¿Qué había sido ella? ¿Qué? No podía sentirse culpable. “Nunca hice nada, no supe hacer nada, jamás nada pude hacer. Sólo fui hermosa, ¿de qué puede culpárseme? Bella nací, nací la más bella, y no impuse yo canon alguno. Fui hermosa... ¿cuándo acabó?”

Empezó una mañana, bajo el tobillo derecho. Pequeños afluentes azules dibujados bajo la piel; *varices*, las llamó Euplasto, y terminaron con el dorado calzado descubierto. Luego, en la cara, sutiles arrugas, tenues, imperceptibles para el mundo y gigantes fallas en el espejo bruñido. Después cayó su pecho, perdió músculo y tersura, perdió desafío, perdió recoveco. Caían las horas en la bañera de leche.

—¿Para esto he renunciado yo a quedarme encinta?

—Qué disparate has hecho, Helena, la leche de burra es de PH demasiado ácido y diste al traste con los últimos colágenos —sentenció el odioso Euplasto.

—¿Y no podrías tú tirar de bisturí?

—No, aún no. Quizás mis nietos...

Helena, sin remedio, cubrió su anatomía; Helena blindó su cuerpo con paño y lanas y popelín. Pero un mal día se dijo:

—¡Soy Helena, la de Troya! ¡No una momia almidonada!

¹ Frase que, ahora queda claro, al correr los siglos se atribuiría el carota del Wellington.

Y se vistió de transparente gala. Y salió a la luz del ágora.

Los hombres no se giraban, en ella no se fijaban. Y los obradores de templos no paraban la faena, sudando ya no gritaban:

—¡Cordera! Vivan tu padre y tu madre, viva tu sombra, vivan tus ganas. Por sólo mirarte un momento yo atravesaba, la mar oceána, sus monstruos, la tierra yerma y sus hordas, todo el fuego del infierno e incluso toda la España, con sus toros y hombres-lobo, con su horror, sus brujas, sus ánimas.

“Nadie aullaba... pero... bueno, el viejo ya está aquí, a mi lado”.

—Estése usted quieta, mi señora, pude escuchar el hueso crujir. ¡Tú, haragán, detén firme tu tartana! Vamos a necesitarla —ordenó gritándole al auriga. “Es viejo, pero sin duda estos sus ojos conocen bien el mundo” —pensó la anciana Helena ovillada y quietecita allí en el suelo.

—¡Vosotros! Venid prestos en mi ayuda, debemos subir a esta mujer al carro. Y, ¡vosotras, jovencitas! Desprendeos ya de los sayos, que improvisaré unas parihuelas con estas lanzas de guerrero. ¿Dónde vas tú con tanta arma, auriga?

—Hasta el cuartel las transporto, gran señor, que me las pagan bien.

—Arrímame esas dos. —“No es tan viejo, ciertamente, y hombre de mucho mando ha sido, que a muchos de entre ellos yo he conocido” —pensó también Helena.

—Vaya. Aquí está la causa, gran señora: esta pútrida piel. Bien la conozco. Es la de un fruto llamado *plátano* y a fe mía que, sobre la losa, es resbalosa como la piel del diablo. Cárope habrá sido... ¡navegante malaleche! Trae estos... bananos², y los vende, desde ciertas islas, lontananas al oeste; dice que las ha encontrado, esas islas, inspirado por Poseidón, tras las columnas que puso el gran Hércules. ¡Inspirado por Poseidón...! Ya me sé yo que aquí se cuece: el malhadado, que navega cobarde siempre pegado a tierra, extravió el rumbo una

² El viejo, al decir el primer palabro que se le pasa por la cabeza, acuña por vez primera en la Historia el término. Piénsese que en estos tiempos remotos se están cociendo las Lenguas occidentales. Uno de los aquí congregados, uno de los atléticos jóvenes, no es otro que *Diomedes el Menor*; intrépido marino; dicen de él que alcanzó las costas de América central; fue de los primeros. Sin duda, por allí expandió el término *banano* que luego derivaría en *banana*. No somos ná.

noche y en aquellas islas encalló. Las ha bautizado *de la Fortuna*... quizá porque le salvaron, quizá porque enajena su fruta. Lo que él no sabe es que allá Vulcano³ tiene una de sus montañas, de ésas que escupen fuego. Navegantes y comercio... aceite y agua. ¡Venga, mancebos! A mi orden la subimos en la trasera. Uno, dos... ¡arriba!

—¡Ay, el Apolo! —gimió la Helena.

—Ya está, mi señora; tranquila. ¡A mi casa, auriga! Allí enmendaré esta cadera.

—¿Y quién sois vos, noble señor? ¿Sois de Hipócrates Molión⁴ un buen hijo?

—No, gran señora, también navegante soy, pero navegante de bolina. Mi nombre es Ulises⁵ y he vuelto de muchos países.

—Pues suerte la mía que haya sido ahora, cuando he patinado con la piel de este *plátano* infame. ¡Qué fatal casualidad topar con ella!

—No. Casualidad no ha sido. La misma Afrodita allí puso la piel, celosa infinita de vuestra belleza...

¡Las palabras! Las palabras de nuevo... ¡Las palabras otra vez por fin!

El rostro de Helena iluminose como el sol. Hinchó su pecho de orgullo y la cadera dejó de dolerle, un poco; dejó de dolerle, al menos, lo suficiente para sonreírse e intentar medir su poder recomponiéndose el cabello:

—Pues si Afrodita envidiosa, esa vileza acicata, quizás Diana ahora quiera, que la cabeza de Cárope, me ofrendes tú sobre plata.

“Zeus. Ahora entiendo a Polifemo, tan bruto en verdad no era. Le clavé un palo en el ojo y él gritó apostolando: ¡por las tetas de Atenea, qué daño, va a ser cierto que la cabra hacia el monte va tirando!” Recordó Ulises en su pensamiento.

—Ya veremos, doña Helena, ya veremos, no digo yo que no; por ahora... nos arrimamos a mi casa, que a tres cuabras la tenemos, y allí, de momento,

³ Una licencia. Debería poner *Hefesto*, pero muy pocos iban a saber de quién hablo.

⁴ Hipócrates Molión: antepasado de nuestro entrañable Hipócrates.

⁵ Otra licencia, evidentemente. Lo que toca es *Odiseo*. Pero *Odiseo* es un horror de nombre y *Ulises* es bien chulo. Además si pongo *Odiseo* el pareado va a tomar viento.

arreglaré esa cadera... —concluyó el viejo héroe con cierta impostura en la voz que aplicó pensando que quizás podría rejuvenecerle.